

EL CONCEPTO DE VIDA EN MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER

LEONARDO POLO BARRENA

De ordinario, cuando la atención se dirige al pasado histórico, aparecen obras incompletas, dejadas a medio hacer por los que se fueron; ocuparse de él viene a ser como un encargo asumido con vistas a continuar lo interrumpido, completándolo y trayéndolo así hasta el presente. Es, en suma, una tarea semejante a la propuesta por la hermenéutica del romanticismo: elevar a una mejor comprensión lo que se expresó en el pasado.

Pero frente a Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER esa actitud no me es posible¹. Su figura y su obra no quedan atrás, alejadas y por recuperar; por el contrario, a medida que pasa el tiempo llegan con mayor fuerza e instan desde un plano superior. Su muerte, como tránsito a la Vida que acoge y ratifica, no permite la simple rememoranza ni deja sitio a la reconstrucción interpretativa de su pensamiento. Y es que, en efecto, la Vida acoge, al menos, los momentos en que la existencia humana es auténtica y se abre con anhelos de fidelidad a su Autor. Por tanto, en la fidelidad se acierta al buscarla tenazmente tanto en lo grande como en lo pequeño, pues la fidelidad alcanza a ser ella misma al excluir las intermitencias. Así

1. Monseñor Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER nació en Barbastro el 9 de enero de 1902 y falleció en Roma el 26 de junio de 1975. Fundó el Opus Dei en Madrid el día 2 de octubre de 1928. Su proceso de Beatificación y Canonización comenzó el 12 de mayo de 1981. El Opus Dei fue erigido en Prelatura personal por el Santo Padre Juan Pablo II el 28 de noviembre de 1982. Entre sus publicaciones utilizo aquí las siguientes: *Camino*, 2.ª Edición. Valencia 1939; *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973; *Amigos de Dios*, Madrid 1981; *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1967. Cito esta última obra por la primera palabra de su título.

fue la de Mons ESCRIVÁ DE BALAGUER: una fidelidad siempre al día —*aggiornata*²— que traspasa la muerte y merece el elogio del gozo de Dios³.

Esto es precisamente lo que nos desborda. Pero es también lo que nos invita a salir a la luz, expulsando esos paréntesis oscuros durante los cuales uno se coloca al borde del camino, patina en la cuenta de la vida⁴ y elabora el pasado que ha de abandonar al final. En cambio, salir a la luz es ponerse a andar de tal manera que el vivir se convierta entero con ello y no se deje inédito, estancado⁵. El empuje que conduce a no reservarse nada, el ejercicio sin tasa de la fidelidad, triunfa sobre el transcurso del tiempo porque surge renovadamente del ser personal, que es entonces donación. Darse confiere a la energía del hombre su propio ganarse⁶ y su productividad más alta⁷. Para aquellos que aceptan tal donación, su influjo constituye un regalo y, a la vez, una clara interpelación, esto es, un ejemplo a seguir. De aquí la improcedencia de la hermenéutica en el caso, porque ¿qué querría decir interpretar un regalo y una invitación patentes?

Sin embargo, esta imposibilidad no obliga a la mudez, pues no

2. «Para mí *aggiornamento* significa sobre todo eso: *fidelidad*... (saber) hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia de su vida, a los firmes compromisos de amor y de justicia que adquirió un día. Esa fidelidad delicada, aplicada y constante... es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental» *Conversaciones*, n. 1.

3. «Euge, serve bone et fidelis. Super pauca fuisti fidelis; supra multa te constituam: intra in gaudium domini tui» (Mt. XXV, 21).

4. Cfr. la presentación de Bartimeo, el ciego de Jericó (Mc. X, 46-52) en *Amigos de Dios*, nn. 185-188. Concluye con estas palabras: «La fe que El nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que sobra».

5. «Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil, deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor» *Camino*, n. 1.

6. El que intenta conservar para sí su vida, la pierde puesto que, en rigor, no la ejerce. Cfr. Mt. X, 39.

7. En este contexto «productividad» significa la fecundidad de la actividad humana no dedicada ya a los llamados juegos de suma cero en los cuales unos han de perder para que otros ganen. Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER decía que él no había jugado nunca al ajedrez porque no le interesaba dar jaque mate a nadie.

todo discurso es interpretativo. Más bien, lo hasta ahora expuesto de forma un tanto genérica⁸ permite un largo desarrollo teórico. He elegido como eje de este artículo el concepto de la vida que se encuentra en los escritos y en la enseñanza oral del Fundador del Opus Dei. Resumo dicho concepto en los siguientes apartados:

1. *La unidad de la vida.* En todos sus grados la vida reclama la unidad⁹: ambas crecen o decaen a la par. Asimismo, la manifestación más nítida de la unidad tiene su lugar en la vida, la cual, por su parte, no puede negarse a esa manifestación sin oscurecerse y desfondarse.

Por lo pronto, la unidad vital se percibe como multiplicidad de facetas desplegadas en armonía. La abundancia de los aspectos funcionales marca la intensidad de la vida, cuyo valor armónico es, por eso mismo, afirmación limpia, libre de vacilaciones. Al albergar lo positivo, la vida lo realza y le presta una peculiar circulación que acentúa la pluralidad al ponerla en movimiento concertado. Lo que compone una vida fuerte adquiere con ella su mayor despliegue. Es el significado sintético de la unidad¹⁰.

Pero si miramos más adentro descubriremos todavía dos características de la unidad de la vida, que Mons. Escrivá de Balaguer destacó con agudeza al formularla como mutuo redundar y reforzarse de sus varias dimensiones. La unidad no es sólo asunto de composición y de compatibilidad, sino recíproca asistencia y compartirse de las partes. En su nivel profundo la fuerza de la unidad radica en la sencillez con que conjunta los aspectos de la vida. En la plenitud cristiana esos aspectos son esencialmente tres: la vida de

8. En esta forma vale para todos los hombres que se han santificado durante su vida terrena. Ahora bien, aunque todos los santos se parecen, no hay dos santos iguales. Cfr. *Camino*, n. 947. Lo que se expone a continuación se refiere al vigoroso perfil de la personalidad cristiana del Fundador del Opus Dei.

9. Cfr. *Camino*, n. 940.

10. Entendida como síntesis, la unidad de la vida no es dialéctica. Los dialécticos confunden unidad con totalidad; su planteamiento es monista. Para la vida la totalización implica, en definitiva, parálisis, congelación del despliegue de sus dimensiones plurales.

la fe¹¹ como contemplación que inspira; la vida social como amistad en comunicación de bienes; el trabajo como denso y aplicado ejercicio de la capacidad de colaborar otorgada por el Creador¹².

La sencillez que entrelaza la contemplación la amistad humana y el trabajo, es presencia directamente comunicada de cada uno a los otros, la especial flexibilidad que elimina tanto la rigidez desintegradora como la confusión reduccionista, la agilidad que atraviesa las dificultades. Por eso, el lazo que aúna los aspectos de la vida no es una mediación interpuesta, sino su propia hondura. «Meterse en la intimidad de Dios, hablar con El constantemente —sin darse cuenta—», es, asimismo, lo que hace posible «un trabajo digno de Dios»¹³ y una amistad sin doblez, abierta a la comprensión¹⁴ y a la entrega conjunta de lo contemplado y del rendimiento laborioso¹⁵.

De la hondura de la unidad arranca el impulso de renovación, el trascender hacia metas superiores¹⁶. Las quiebras de la condición humana, las dificultades de la situación, el desgaste de nuestra naturaleza en el tiempo, no son obstáculo para ello¹⁷, sino que, bien ponderados, son aprovechables y ofrecen nuevas ocasiones para crecer¹⁸.

11. «Iustus ex fide vivit». Rom. I, 17.

12. Cfr. Gén. II, 15. Lo natural y lo sobrenatural juegan unidos sin confundirse.

13. Tomado de una reunión en Lima, 12 de julio de 1974. Santo TOMÁS DE AQUINO advierte que cuando una cosa es razón de otra, ocuparse de una no impide ocuparse de la otra. Por eso, la contemplación de Dios no impide hacer otra cosa, ni al revés. Cfr. *Suppl.* q. 82, a.3.

14. «Más que en 'dar' la caridad está en 'comprender'». *Camino*, n. 463. La contemplación y el trabajo «se compenetran». *Es Cristo que pasa*, n. 126: obviamente, insisto, sin confusión o reduccionismos empobrecedores.

15. El servicio amistoso alcanza así una alta expresión: «Para servir, servir».

16. «In novitate vita ambulemus», Rom. VI, 4. «Huyamos de la 'rutina' como del mismo demonio». *Camino*, n. 551. «Precisamente tu vida interior debe ser eso: comenzar... y recomenzar». *ibid.*, n. 292.

17. «Las almas, como el buen vino, maduran con el tiempo». *Amigos de Dios*, n. 78.

18. «Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum». Rom. VIII, 28. El Fundador del Opus Dei repetía con frecuencia y con gran convicción esta sentencia de S. Pablo.

2. *El fundamento de la vida.* La profundidad con que brota y resurge la unidad de la vida nos conduce a considerar lo que la sostiene desde dentro. La interioridad más íntima desde la que vive el hombre trasciende su ser entero. Esto significa: al retrotraerse hasta la fuente inagotable que afirma al hombre dándole el ser, se descubre la paternidad de Dios¹⁹. Este descubrimiento nunca es bastante²⁰, pues si Dios es Padre, el hombre arranca de más acá de su yo (o sea, más acá y antes de lo que tiene en cuenta, por ejemplo, la reflexión trascendental del idealismo).

Si Dios es Padre, nosotros somos hijos, no autores de nosotros mismos, pero sí colaboradores²¹. Si nacemos de Dios en donación primordial²², nuestra propia insuficiencia se convierte en suficiencia, y ello en términos de sencillez, de descomplicación²³. Así fundada, la unidad de la vida y su renovarse se mantienen cerca del origen, y de esta manera la unidad asegura la juventud²⁴. La vida joven hace

19. «Qui predestinavit nos in adoptionem filiorum». Ef. I, 5. «El que no se sabe hijo de Dios desconoce su verdad más íntima». *Amigos de Dios*, n. 26.

20. «Ipse Spiritus testimonium reddit una cum spiritu nostro quod sumus filii Dei». Rom. VIII, 16. Pero este testimonio es inefable —inenarrable—. Cfr. Rom. VIII, 23 y 26. Mons Escrivá de Balaguer describe así su descubrimiento de la paternidad divina que tuvo lugar —otra vez la unidad de vida— en la calle, en un tranvía de Madrid: «En momentos humanamente difíciles en los que tenía, sin embargo, la seguridad de lo imposible... sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba, Pater!», citado por F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, Madrid 1984, p. 66. «Aquel día quiso de una manera explícita, clara, terminante, que, conmigo, vosotros os sintáis siempre hijos de Dios», citado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1983, p. 125. Era el año 1931.

21. «Ipsius enim sumus factura, creati in Christo Iesu in operibus bonis, quae praeparavit Deus ut in illis ambulemus». Ef. II, 10.

22. Somos sus hijos en Cristo, o porque Cristo es su Hijo.

23. No somos autosuficientes, sino que «sufficiencia nostra ex Deo est». 2 Cor. III, 5. «Por soberbia... ya te ibas creyendo capaz de todo, tú solo... Te dejó un instante y fuiste de cabeza. Sé humilde y su apoyo extraordinario no te faltará» *Camino*, n. 610. La humildad está en el orden del fundamento de la vida.

24. La flexibilidad de que hablábamos antes es la juventud. Un paso más lleva a «la vía de infancia espiritual», por la que anduvo Mons. Escrivá de Balaguer; sobre el tema puede verse *Camino*, nn. 852-901.

ligero el peso y ágil la andadura de la fidelidad. Esto implica necesariamente la alegría, tan notable en la personalidad cordial, amable, de Mons. Escrivá de Balaguer, y que nunca se cansó de predicar²⁵.

La «maravillosa dádiva humana»²⁶ de la libertad se encuadra propiamente en la unidad vital donalmente fundada. Por la libertad el don divino se hace desde nosotros, por decirlo así, reversible: sin libertad no podemos corresponder; entregarse a Dios es reducativamente libre²⁷: damos libremente la libertad que se nos ha dado. Es claro que la reversibilidad aludida detiene sin más el proceso *in infinitum* que es la llamada reflexión trascendental y que sólo por el olvido del carácter donal de la libertad se desencadena ese proceso. Con otras palabras, ser hijo de Dios implica la desaparición del problema del *a priori* subjetivo. El planteamiento adecuado de la cuestión de la persona humana, central para la Antropología, arranca del hallazgo del valor donal de la libertad, que es tan de cada uno como personas somos.

Una libertad de tal calibre se prolonga, sin duda, en el modo de la responsabilidad, por cuanto se proyecta en el mundo y en la sociedad. A partir de su índole donal la libertad se ejerce según lo que he llamado antes productividad. Una indicación clara al respecto es la parábola de los talentos²⁸. De un don tan grande se exige, con justicia, un rendimiento paralelo o un trabajo digno de Dios. La

25. Quería a los cristianos «sembradores de paz y de alegría». Una juventud con alegría es generosa porque percibe la colaboración con el amor paternal de Dios con los rasgos de un juego.

26. *Es Cristo que pasa*, n. 184.

27. Cfr. *Ibid.* La razón más sobrenatural del dar es «porque me da la gana».

28. Cfr. Mt XXV, 14-28. En esta parábola se expresa el gozo de la recompensa de Dios a que antes me referí. Es también muy significativa la excusa del que enterró el talento recibido: «novi te quia homo durus es: metis ubi non seminasti, et congregas, ubi non sparsisti». La libertad es un don real en el hombre, cuya productividad es inexcusable. Por tanto, ser responsable es más que ser un mero administrador: hay que aportar y rendir con exceso. Un agudo comentario por contraposición sobre la significación cristiana del administrar puede verse en ALVARO D'ORS: *El préstamo de géneros y el «vilicus iniquitatis»*. Anuario de Historia del Derecho Español. Madrid, 1984, pp. 523-534.

compenetración de las dimensiones de la vida en su unidad se muestra de nuevo.

Los hombres «nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad: podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde»²⁹. Dicha negación es la no correspondencia al don de la paternidad³⁰, y su posibilidad el claroscuro de la libertad. También libremente se ofende a Dios y, en vez de unirse a El, se le rechaza. Tal posibilidad desventurada señala directamente al pecado. Si la libertad sella nuestra filiación, el pecador es el hijo rebelde que rehuye la compañía de su padre, «se va lejos»³¹ y disipa su vida en una prodigalidad vacía. Pero, en rigor, un hijo «por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre»³². Y esto quiere decir, por un lado, que acaba notándolo como separación que, no obstante, le refiere al padre³³, y, por otro lado, que la rectificación siempre está presta, Dios siempre dispuesto al perdón. La renovación de la vida se anuda, en el claroscuro de la libertad, comenzando y recomenzando³⁴.

De la conciencia de ser hijos brota también la piedad, sin la cual la justicia queda desamparada. La piedad en el hombre es el reconocimiento de una deuda que no se puede pagar, o mejor, de un don al que no iguala la propia capacidad de corresponder. En Dios, la piedad es su misericordia³⁵. Ambas son correlativas. Insis-

29. *Amigos de Dios*, n. 24. Cita a continuación Dt. XXX, 19: «Escoge la vida para que vivas».

30. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 64.

31. Lc. XV, 13.

32. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 6.

33. Es lo que dice el Salmo 50, 5-6 en la versión de la Vulgata: «Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper. Tibi soli peccavi, et malum coram te feci».

34. Véase nota 16. Siendo el pecado el error peculiar de la libertad, la pérdida del sentido del pecado —pecado de nuestro siglo según Pío XII— entenebrece la vida humana y la reduce a acontecimientos superficiales e inconexos. Al respecto es oportuna la petición de la *Collecta* del domingo XIII del año: «Deus, qui per adoptionem gratiae, lucis nos esse filios voluisti, praesta, quaesumus, ut errorum non involvamus tenebris, sed in splendorem veritatis semper maneamus conspicui».

35. Cfr. Juan Pablo II, *Reconciliatio et Paenitentia*, nn. 29-32.

to: el sentido de la justicia del que no reconoce el don que le supera es inestable y unilateral, una chillona exigencia sin horizontes.

3. *La edificación de la vida.* Fundada en el don paterno del que se nutre la libertad, la vida del hombre se equilibra con su unidad, renueva esforzadamente su curso y, por consiguiente, se edifica³⁶. Su juventud mantenida no la detiene en la inmadurez, ni en el pasado, sino que la lanza adelante³⁷. Dice San Agustín: «Si dijiste basta, estás perdido. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio, no retrocedas, no te desvíes»³⁸.

La bondad de las construcciones humanas está definida por el principio, el fin y el modo de unirlos. Hay que empezarlas; pero lo propio del principio es la pequeñez³⁹. Desde luego, empezar con poco es inherente a la vida temporal⁴⁰; además, un exceso en los comienzos impediría el incremento, es decir, la diferencia con el término y la unión con él. Ha de tenerse en cuenta que edificar y no terminar equivale a fracasar⁴¹. Ya he señalado la frecuencia del quedarse a medias (constitutivo del pasado histórico). La razón de las interrupciones y de las detenciones prematuras está en la fragilidad de la unión entre principio y fin. Esta precariedad ha sido notada por los filósofos desde antiguo. Según el pitagórico Alcmeón de Crotona, sólo los dioses son capaces de unir el principio con el fin; en la vida del hombre dicha unión está ausente: más que frágil sería imposible⁴². El cristiano rechazará, si es coherente, una sen-

36. El cimiento de la edificación es el trato personal, sin anonimatos, con Dios. Cfr. *Camino*, n. 83. No puede ser de otro modo en la unidad de la vida cristiana. Las implicaciones de la vida de oración son muy abundantes; intentaré mostrar a continuación algunas de ellas.

37. No es propia de la juventud la timidez calculadora, sino el dar todo lo que pueda. Cfr. *Camino*, n. 30.

38. Citado en *Es Cristo que pasa*, n. 58.

39. Cfr. *Camino*, nn. 820 y 821. Lo que nace grande es monstruoso.

40. En su inicio la vida es semilla. Es la parábola del grano de mostaza en Lc. XIII, 19.

41. «Et omnis qui audit verba mea haec, et non facit ea, similis erit viro stulto qui aedificavit domum suam super arenam». Mt. VIII, 26ss., Véase también Lc. XV, 26-31.

42. La unión de principio y fin sugiere en la filosofía griega el círculo,

tencia tan pesimista; por lo mismo, concentrará su atención en la cuestión de la perseverancia.

Pero antes de ocuparnos de ese asunto es preciso señalar que si la construcción propiamente tal es la terminada⁴³, a la vez, terminar es justamente eso: terminar. No cabe demorarse en él. Esta demora es la vanidad, tiempo externo al construir, vida falsificada⁴⁴, porque el término práctico no es «vivable»: intentarlo es convertirse uno mismo en un pasado prolongado, en un ser inactual. La vida es fecunda en obras si, terminada una, se ocupa en otra⁴⁵. La frase de San Agustín antes citada lo dice con claridad: el término alcanza no permite permanecer en él⁴⁶.

Así pues, acabada una cosa se pasa a otra. Desde este punto

figura perfecta. Según esto, el existir humano no sería circular. El enfoque cristiano es diferente: la vida humana en la tierra es una carrera que culmina, cfr. 2 Tim, IV, 6-8.

Como es sabido, la reposición del tema del círculo tiene lugar en la filosofía alemana. En especial, Nietzsche apela al círculo para asegurar el poder sobre el pasado. Es un recurso extremo para afrontar el problema peculiar de la soledad del hombre.

43. Mons. Escrivá de Balaguer usa la expresión *últimas piedras*: «Deja tu afición a las primeras piedras y pon la última en uno solo de tus proyectos». *Camino*, n. 42. En el mismo sentido, *Amigos de Dios*, n. 55.

44. El hombre pagado de sus obras ya está pagado: «receperunt mercedem suam». Mt. VI, 16.

45. Cfr. *Camino*, nn. 357ss.

46. Vivir es dejar lo hecho, desprenderse subjetivamente de ello. Más aún, el apegamiento a lo bien terminado es superfluo pues el dejar no es mutuo: si el hombre deja lo que construye, éste le acompaña: «Beati mortui, qui in Domino moriuntur...: opera enim illorum sequuntur illos». Apoc XV, 13. Por un lado, el desprenderse de lo terminado es el ejercicio práctico del sentido donal de la libertad: las obras se destinan a otros, «pro eis ego sanctifico meipsum: ut sint e ipsi sanctificati in veritate». Io. XVIII, 19. Por otro lado, al seguirle sus obras como un cortejo, el hombre no deja un pasado interpretable. Quizá ahora se entienda algo más por qué frente al Fundador del Opus Dei la hermenéutica no me parece posible: el modo de vivir que él presenta no es de índole hermenéutica y al aproximarle a esta actitud se incurre en equívoco.

A veces se habla de vidas truncadas, de promesas malogradas. Sin embargo, el que confía en Dios y pone los medios no fracasa nunca. Cfr. *Camino*, n. 404. En último término, Dios se lleva a las almas cuando están maduras, decía Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER.

de vista las tareas de la vida son interminables precisamente porque cada una termina. La discontinuidad que con ello se introduce no es seriación inconexa, sino el ir adelante de lo que los filósofos llamamos *acto*. La pluralidad de actos no atenta contra la unidad de la vida; al contrario, es el modo de concentrarla en actualidad concreta y de evitar la precipitación, el dispersarse en activismo atolondrado⁴⁷ o en «amateurismo» ineficaz. El terminar y desprenderse de lo hecho es el requisito del aportar humano. Negarse a aportar por omisión de lo bien acabado, o por egoísmo, es una forma de injusticia que afecta a lo más básico de la convivencia y conlleva el empobrecimiento de la disponibilidad social, puesto que las chapuzas son, como tales, mentiras prácticas que debilitan las relaciones humanas. El afán de justicia se encauza a través del empeño por no defraudar, ya que la verdad del dar prohíbe el «dar gato por liebre», y en otro caso se desvía hacia declamaciones con que se disimula la ineffectividad. Al verse en la palabrería, la justicia se degrada, pierde su contacto con la construcción, olvida la dignidad de las personas y apela a la destrucción⁴⁸. La justicia buscada en la sinceridad de las obras no es vocinglera⁴⁹, entre otras cosas, porque las proclamas en esta materia son indicio de desorientación, de perplejidad en lo que toca el modo adecuado de realizarla. El deseo de justicia es insulso si se separa de la inspiración, muy sobria, por lo demás, que sabe dónde encontrarla. Más que de reclamaciones, la justicia es asunto de cumplimiento⁵⁰.

47. Cfr. *Camino*, n. 374.

48. «Destruir no es difícil: el último peón de albañilería sabe hincar su herramienta en la piedra noble y bella de una catedral. Construir: ésta es labor que requiere maestros». *Camino*, n. 456.

49. Cfr. Mt. VI, 1. Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER proponía «hacer como tres mil haciendo el ruido de tres».

50. Insisto: no es lo mismo hablar de lo justo que saber realizarlo. Esto último es cuestión de una tenaz aplicación guiada por el lema de la construcción terminada. Jactarse de cumplidor de la justicia es lo peculiar del fariseo, que adopta una actitud externa y superpuesta debido a que confunde la obra terminada con el *satis-facere*. Al aferrarse a este último recaba para sí la justicia que debía a lo hecho, con lo que lo vacía y esteriliza. Por eso Cristo nos advierte contra la hipocresía: «Sic et vos, cum feceritis omnia

Ahora bien, lo construido no es susceptible de dejación antes de acabarlo. Solamente la aplicación del esfuerzo a la tarea pendiente asegura la unión del comienzo con el fin. Para hacer lo que se debe es menester *estar* en lo que se hace⁵¹. Dicho «estar» indica la intensidad con que se aplica la capacidad del hombre a aquello de que se ocupa, a llenar las exigencias objetivas de lo edificado. Al medir la acción por lo que las cosas piden se cumple una dimensión de la justicia que es la más elemental de todas. Cabe, en efecto, notar en el clamor de las obras por su término una condición inexcusable de la justicia *in fieri*.

Respetar la naturaleza de las cosas, no violentarla⁵², es un deber inherente al *homo faber*. Conculcar este deber, es decir, atribuir a los deseos arbitrarios una función conductora de nuestra actividad, da lugar a resultados no coherentes con esos mismos deseos; el voluntarismo descarnado produce un mundo contrahecho, y por eso hostil e inmanejable. En especial, el cristiano ha de convencerse de que no está autorizado para esa coartada que cabe llamar el cortocircuito religioso⁵³, como si la vida de la gracia pasara «rozando el ajetreteado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con

quae praecepta sunt vobis dicite: Servi inutiles sumus: quod debuimus facere fecimus». Lc. XVII, 10.

De nuevo la piedad viene a flanquear a la justicia que aislada es insuficiente. La hipocresía sustituye ese flaqueo, estima que las obras son un título bastante y las esgrime frente a Dios, dador de todo bien.

51. Cfr. *Camino*, n. 815.

52. Cfr. *Conversaciones*, n. 117.

53. «Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del mundo en que se desenvuelve... Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo para representar a la Iglesia y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a esos problemas... Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas» *Conversaciones*, nn. 116 y sig.

En el mismo sentido: «No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos si no va unida a las virtudes corrientes de cristianos. Esto sería como adornarse con espléndidas joyas sobre paños menores». *Camino*, n. 409.

él»⁵⁴, o eximiera del ordinario quehacer otorgando una quimérica «ortopraxis» tan inepta como dogmática⁵⁵.

Al procurar obedecer a los requerimientos que emanan de la naturaleza de las cosas, se hace presente el entramado de la acción capaz de perseverar hasta el final: los edificios grandes se levantan a fuerza de cosas pequeñas⁵⁶. Ese entramado es el nexo que une la acción con su resultado. La perseverancia que no escatima, que no se conforma con esbozos, saca adelante las obras por lo mismo que constantemente desemboca en ellas.

Sin duda, el trabajo atento que procede poco a poco es inseparable del esfuerzo⁵⁷. En su esencia, el esfuerzo consiste en no bajar la mira (en otro caso, sería terquedad ciega), en mantenerla alta sin desconcertarse por las aporías de todo género que salen al paso: la resistencia del ambiente, las incomprendiones a veces malévolas⁵⁸, las quiebras de la propia condición y la dificultad de las cosas mismas, de las que derivan fallos repetidos⁵⁹; el torpor congénito que, interpuesto como un velo, desdibuja los perfiles exactos de las cosas y lleva el error. Tal vez lo más difícil sea aprender a no extrañarse de todo esto⁶⁰ y convencerse de que también es aprovechable⁶¹.

54. *Conversaciones*, n. 113.

55. Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER exhorta «a ser lo suficientemente católicos para no servirse de nuestra madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas». *Conversaciones*, n. 117. La rectitud de la praxis presupone la ortodoxia; cualquier vacilación al respecto da lugar a un calamitoso trueque que tergiversa a ambas. Es el desmoronamiento de la unidad de la vida.

56. Cfr. *Camino*, n. 827. En el mismo sentido, *ibid*, n. 837.

57. «Que la vida del hombre sobre la tierra es milicia, lo dijo Job hace muchos siglos». *Camino*, n. 306.

58. «Si recibes la tribulación con ánimo encogido, pierdes la alegría y la paz, y te expones a no sacar provecho espiritual de aquel trance». *Camino*, n. 696.

59. «Toda nuestra fortaleza es prestada». *Camino*, n. 328.

60. Este aprendizaje es necesario: «Inconmovible: así has de ser. Si hacen vacilar tu perseverancia las miserias ajenas o las propias, formo un triste concepto de tu ideal. Decídetes de una vez para siempre». *Camino*, n. 995.

61. «Entierra con la penitencia, en el hoyo profundo que abra tu humildad, tus negligencias, ofensas y pecados... Lo que era estéril, mejor, lo que era perjudicial, contribuye eficazmente a una nueva fecundidad. Aprende a sacar, de las caídas, impulso; de la muerte, vida». *Camino*, n. 211. «¿Que

Esto supuesto, la posibilidad de llevar a buen término lo emprendido no sólo se mantiene sino que, además, se acrecienta con nuevos valores. El esfuerzo por no bajar la mira admite de buen grado las rectificaciones precisas para el desarrollo correcto del trabajo y, al integrar los factores cuyo concurso necesita, concentra una gran riqueza humana y cristiana. Por esta razón, la diversidad de los tipos de trabajo no determina su importancia relativa: todos ellos son muy importantes cuando se desempeñan «de la manera más perfecta posible, tanto desde el punto de vista humano como desde el sobrenatural»⁶².

4. *La articulación del transcurso de la vida:*

Las tareas de la vida, decíamos, son interminables y, a la vez, por su misma intensidad actual, discontinuas. La discontinuidad de los actos constructivos en su término es colmada, pero no en su mismo plano, sino por una actividad más alta a la que conviene el clásico nombre de *virtud*. La virtud es la disposición estable que refuerza la capacidad humana y que se adquiere por refluencia de los actos operativos en la estructura dinámica del hombre. Como refuerzo de tal estructura, la virtud significa su hiperformalización y, por tanto, un sentido del acto más íntimo que la acción, pues perfecciona al vivir en cuanto que tal⁶³. La adquisición de la virtud a

has fracasado? —Tú— estás bien convencido, no puedes fracasar. No has fracasado: has adquirido experiencia. ¡Adelante!». *Ibid.*, n. 405.

62. *Conversaciones*, n. 70. Así el trabajo contribuye eficazmente a la edificación de la ciudad terrena y a la santificación del mundo. Por eso también es tan influyente y necesario el testimonio de este modo de actuar, cualquiera que sea el ámbito profesional en que se desenvuelva. Cfr. *Ibid.* n. 18. «Cualquier trabajo digno y noble en lo humano puede convertirse en un quehacer divino. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia». *Ibid.*, n. 55.

63. La vida del cristiano posee una dimensión sobrenatural. Ontológicamente, la vida sobrenatural es el hábito de la gracia y la virtud infusa. Las nociones de gracia y de virtud infundida remiten a la donación divina en cuanto añadida y unida al don creacional. Uso el término «Virtud» en singular porque, si bien la virtud es plural por su misma riqueza, las vir-

partir de las acciones es el desciframiento de estas últimas, no ya respecto de las cosas, sino de la entidad del hombre.

Según esto, es accesible la edificación de la vida como tarea unitaria. En definitiva, lo que se ha de llevar a buen término es la vida terrena. Cabe llamar a este término *consumación*. La virtud es articulante del curso de la vida porque con ella la vida culmina en su consumación⁶⁴.

De un modo muy especial, la articulación del transcurso del vivir que procura una perseverante actualización operativa corresponde a la virtud sobrenatural —infusa— de la esperanza. Con otras palabras, la esperanza asegura la unidad de la edificación de la vida cuyo término se denomina consumación, y anima, al mismo tiempo, las tareas asumidas; es ella la que ilumina la actualidad del trabajo con la luz de la culminación. Desde ese alto nivel la esperanza ordena el transcurso de la vida de arriba a abajo. En este sentido cabe hablar de una dimensión *vertical* de la esperanza, que es propia del cristiano con *mentalidad laical y alma sacerdotal*. Intentaré describir el denso contenido teológico y humano de esta expresión del Fundador del Opus Dei.

Ante todo se ha de señalar que la esperanza no es la virtud su-

tudes se remiten entre sí y aisladas no son perfectas. Las virtudes infusas son la Fe, la Esperanza y la Caridad. También es de notar que las virtudes no son perfecciones estáticas, sino, como todo acto, *actuosas*, difusivas. Como ya ha señalado, Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER pone de relieve la importancia de las virtudes humanas y su conexión con las sobrenaturales. Véase, por ejemplo *Amigos de Dios*, nn. 73-93. La clave de sus consideraciones es la plenitud divina y humana de Jesucristo, *perfectus Deus, perfectus homo*, como amaba repetir.

64. «Bonum certamun certavi, cursum consummavi, fidem servavi». 2 Tim. IV, 7. Obviamente, el término de la vida del hombre en la tierra es la muerte. De un modo semejante a una obra terminada, la muerte es el término discontinuo de la vida edificada: desde ella se pasa —*dies natalis*— a un nuevo vivir, pues la vida no se extingue: *Vita mutatur, non tollitur*, dice un Prefacio de la Misa de Difuntos. Así enfocada, la muerte no es un mero acontecimiento sobrevenido, una interrupción que trunca una vida a medio hacer. Ciertamente, el momento de morir lo decide Dios; pero, por ello mismo, el hombre muere en Dios y acepta su muerte con libertad. Este carácter donal de la muerte se descubre en el misterio de la muerte de Cristo, cuyo fruto es la misión del Espíritu Santo. Véase al respecto *Es Cristo que pasa*, nn. 95 a 101.

perior ni la que une *simpliciter* al hombre con Dios⁶⁵; pero tampoco la consumación de la vida en la tierra es la vida más alta, sino el tránsito a ella. La esperanza es la virtud peculiar del *homo viator*. En cuanto subordinada al amor, la esperanza es más bien potencia que acto: es justamente esperanza de acto (el acto es el amor). No es ésta la dimensión que llamo vertical de la esperanza, sino más bien lo que puede denominarse su dimensión escatológica, que es la primaria, pues sin el amor de Dios la vida humana no vale nada⁶⁶. Sin embargo, y sin que ello implique disyunción⁶⁷, la esperanza rige también como acto respecto de la vida en este mundo, ya que no puede reducirse al mero aguardar el término.

La distinción de las dos dimensiones de la esperanza guarda estrecha relación con lo expuesto en el apartado 1 del presente artículo; su unidad reside en la promesa divina, que es su razón de ser. Ahora bien, la promesa divina se ha realizado ya⁶⁸. Y de una precisa —y gratuita— manera: no como un cumplimiento accidental, ni siquiera como una criatura, sino según el Ser Personal de Dios Hijo. Es la encarnación del Verbo, su vida y muerte redentoras. Toda la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer viene de la contemplación de este Misterio Central de la Fe.

Resumiendo mucho, pondré de relieve las siguientes notas del contenido inagotable del Misterio de Cristo. En primer lugar, como Redentor, Cristo es la inseparable unión del primer mandamiento —el Amor de Dios sobre todas las cosas— y el segundo —el amor del hombre—⁶⁹; su vida en este mundo obedece, en efecto, al

65. Ello es propio del amor, virtud planificada en acto. El último punto de *Camino* dice: «¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. Enamórate y no 'le' dejarás».

66. Cfr. 1 Cor. XIII, 1-3.

67. Ni tampoco confusión. Tal confusión es el reduccionismo típico de los modernos milenarismos que limitan sus aspiraciones a un fin históricamente inmanente. Según estos milenarismos el hombre es el redentor de sí mismo; en este planteamiento la esperanza es sustituida por un proceso automático, incompatible, en rigor, con la donación libre.

68. Por eso la esperanza es indefectible y más que una espera: «In te, Domine, Speravi: en tí, Señor, esperé. Y puse, con los medios humanos, mi oración y mi cruz. Y mi esperanza no fue vana, ni jamás lo será: non confundar in aeternum;». *Camino*, n. 95.

69. En este sentido, El es la realidad misma de la Norma y el Juez.

cumplimiento de la voluntad divina— mi alimento es hacer su voluntad⁷⁰— y se ordena al designio misericordioso a favor de los hombres, a los que salva y eleva. En segundo lugar, ese designio salvador no es llevado a cabo como una obra externa, sino que consiste en El y es real como El mismo: El es, a la vez, el salvador y la salvación, El que eleva y la cumbre sin la que la elevación no existe: *omnia in eo constant*, dice lapidariamente S. Pablo⁷¹. Paralelamente, su Muerte es incomparablemente más importante que la de los otros hombres, y, a la vez, dota a la muerte del hombre de su aludido valor de término. Por tanto, y en tercer lugar, desde su Muerte la vida del hombre es edificable⁷².

Por consiguiente, Cristo vive: *Iesus Christus heri et hodie; ipse et in saecula*⁷³. Su existencia en la tierra, los años en que habitó entre nosotros⁷⁴, no están separados de la historia posterior por el transcurso del tiempo histórico mismo, ya que por su propia Muerte es exaltado hasta la eternidad —El es el Hijo eterno—. En este sentido, es el Señor de la Historia y marca su propio término, en que vendrá a juzgar a vivos y muertos. La dimensión escatológica de la esperanza apunta particularmente a esta segunda venida de Cristo, que es lo propio o últimamente escatológico.

Sin embargo, aún hay más: en tanto que exaltado —retornado— a su eternidad primordial, Cristo tampoco está separado de la vida del hombre en la tierra: «Me conmueve recordar que, en un alarde de amor, se ha ido y se ha quedado; se ha ido al cielo y se nos entrega como alimento con la Hostia Santa»⁷⁵. He aquí lo que quería resaltar. El *hoy* eterno de Cristo en la gloria se corresponde con el *ahora* de nuestra vida en la Eucaristía, que es su presencia sustan-

70. «*Meus cibus est ut faciam voluntatem eius qui misit me, ut perficiam opus eius*». Io. IV, 34.

71. Col. I, 17. En Fil. II, 5 - 11 se traza la dinámica de esta elevación estrictamente ontológica, condición —valga la palabra— de la nuestra. Sólo Cristo glorioso nos abre la gloria.

72. Ella es la vida del Cristiano; más aún, por ella el mundo es vivificado.

73. Heb. XIII, 8.

74. Cfr. Io. I, 14.

75. *Es Cristo que pasa*, n. 117, cfr. Io. VI, 57.

cial bajo los accidentes del pan y del vino⁷⁶. En la Eucaristía se basa lo que llamo esperanza vertical, que desde arriba articula y compacta la edificación de la vida⁷⁷, pues si tenemos ya la prenda de nuestra esperanza y empezamos a entrever ya en esta etapa temporal el amor de Dios⁷⁸, por coherencia buscaremos edificar nuestra vida y dedicarla a tareas con sentido.

La esperanza es actual porque mueve a actuar a partir de la promesa divina realizada, es decir, a partir de la *vita Christi*. Si la esperanza mira al amor, su actualidad residirá en el encuentro de Cristo vivo, próximo a nosotros. Son relevantes su vida oculta de trabajo y obediencia en Nazaret, su vida pública, la pasión y muerte, la vida resucitada y gloriosa, la presencia sacramental. Si la Eucaristía es la renovación del sacrificio redentor, que lo hace presente, una y otra vez, en la historia, al basarse en ella la dimensión vertical de la esperanza afina al hombre en su tarea, *en la cual también está Cristo*. Esta última consideración fija al estado en la cuestión de un modo exacto.

Es muy clara al respecto la Homilía que pronunció Mons. Es-

76. «Cristo vive en su Iglesia... De modo especial sigue presente entre nosotros en esa entrega diaria de la Sagrada Eucaristía. Por eso la Misa es centro y raíz de la vida cristiana». *Es Cristo que pasa*, n. 102.

77. El misterio de Jesucristo se prolonga en nosotros. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 96. «Todos por el Bautismo hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra existencia... para realizar cada una de nuestras acciones con espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-hombre» *Ibid.* «San Pedro escribe unas palabras que marcan muy claramente ese cometido: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas a su luz admirable». (I Pet. II, 3) *Ibid.*, n. 98. «Se dan, a veces, algunas actitudes, que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Por ejemplo, la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias». *Ibid.* «Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana». *Ibid.* n. 99. Quedan dibujados en estos pasajes el alma sacerdotal y la mentalidad laical.

78. Cfr. *Ibid.*

crivá de Balaguer en el *campus* de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967⁷⁹.

La Homilía comienza con una consideración fundamental: «Celebramos la Sagrada Eucaristía, el sacrificio sacramental del cuerpo y de la sangre del Señor, ese Misterio de Fe que anuda en sí todos los misterios del cristianismo. Celebramos, por tanto, la acción más sagrada y trascendente que los hombres podemos realizar en esta vida»⁸⁰. Se realza inmediatamente su valor trascendente, escatológico: «comulgar con el cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarse de nuestras ataduras de tierra y de tiempo... el mundo viejo ya habrá terminado».

Sentado esto, se sale al paso del malentendido que se da «siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente *espiritual* —espiritualista, quiero decir—, propia de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí». Es claro que el malentendido consiste en desconocer la unidad de la vida⁸¹. Mons. Escrivá de Balaguer se opone frontalmente a este error⁸²: «responderemos sencillamente *que no* a esa visión deforma-

79. Recogida en *Conversaciones*, nn. 113-123, con el significativo título: *Amar el mundo apasionadamente*.

80. Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER decía que había llegado a comprender que celebrar la Santa Misa es trabajo.

81. Es «la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: La vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas». *Conversaciones*, n. 114.

82. Insiste más adelante: «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— Santa y llena de Dios: al Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» *Ibid.* Es claro que si encontramos a Dios en lo material, es porque está en ello. Este *estar* no es solamente creatural: por esencia, presencia y potencia: «En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con las obras de sus manos». Cfr. también *Es Cristo que pasa*, n. 112. De aquí la importancia de la vida oculta de Jesús (*Ibid.*, nn. 14, 15 y 20).

da del cristianismo». Y subraya: «es la vida ordinaria el verdadero *lugar* de vuestra existencia cristiana». En efecto, «allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo». Este encuentro se puede entender como una realización de la esperanza, pues sólo es posible si Cristo *está* también en las cosas del mundo⁸³: «No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es, para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios». La razón es que Dios nos espera cada día en el inmenso panorama del trabajo: «sabadlo bien: hay un *algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno descubrir. Más aún: el Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

Y, a continuación, esta frase definitiva: «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»⁸⁴. El Fundador del Opus Dei insiste: «Hay que descubrir ese *algo divino* que en los detalles se encuentra»; «Cuando un cristiano desempeña con amor la más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»;

83. El mundo es bueno porque es criatura de Dios y porque ha sido santificado por Cristo. Véase la nota anterior. A mi juicio, es de notar cierta continuación del alto punto de partida —La presencia sustancial eucarística— y ese encuentro cotidiano en lo ordinario. Una comprobación de ello es la alusión a los sacramentos —«Huellas de la Encarnación del Verbo»— y en especial a la Eucaristía: «¿Qué es esta Eucaristía... sino el Cuerpo y Sangre adorables de nuestro Redentor que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo —vino y pan—, a través de los *elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre*, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar, (*Gaudium et Spes*, 38)». *Conversaciones*, n. 115.

84. Obviamente, este encuentro tiene su medida y no es la plenitud de la gloria, pero es real y no una metáfora piadosa «esto no son ceremonias ni palabras», dice al final de la Homilía. Además, la contrapartida es clara: la donación de todo al hombre, su pertenencia a Cristo; de acuerdo con San Pablo: *todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor. III, 22-23): «Se trata de un movimiento ascendente... desde la tierra, hasta la gloria del Señor». Todo lo cual es inherente a la unidad de la vida: «La oración contemplativa surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: ...ya no me pertenezco..., mi cuerpo y mi alma —mi ser entero— son de Dios». *Ibid.*, n. 121.

«ateneos, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor».

En esta vasta recapitulación de lo humano en lo divino, que convierte a lo humano en ocasión y lugar del descubrimiento de lo divino, se inserta la *mentalidad laical*, sin la cual dicho descubrimiento quedaría inédito⁸⁵, y la libertad personal, que es necesaria «para realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria»⁸⁶, y «que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen de Dios»⁸⁷. En definitiva, una vida santa en medio de la realidad secular es la manifestación más conmovedora de esas portentosas misericordias que Dios ha ejercido siempre, y no deja de ejercer, para salvar al mundo⁸⁸.

5. *La identidad de la vida como trascender.*

Ocuparse de tareas constructivas, articular la vida basándose en la esperanza cuya actualidad se desborda hasta el mundo, es un caminar que hace del trabajo un servicio y de la libertad una donación cuyo ejercicio efectivo-modal implica el desprendimiento. Este ejercicio asegura su propio auge con el refuerzo de la virtud, y de esta manera está autorizado a aventurarse con audacia siempre más allá sin incurrir en temeridad. Así se formula la superación de la soledad de acuerdo con el trascender propio de la actividad humana. Tal

85. Cfr. *ibid.*, n. 117.

86. Cfr. *ibid.* «La libertad personal es esencial en la vida cristiana». *Ibid.*

87. Fuera de la Fe, nada hay en común entre esta vida y la de los religiosos, cuyo testimonio escatológico implica el *contemplus mundi* (cfr. *ibid.* n. 118), y se inserta en el proceso teológico y vital que está llevando al laicado a la plena asunción de su modo propio de participar en la misión de Cristo y de su Iglesia Cfr. *ibid.* n. 20). Por lo demás, calificar al laicado de *longa manus Ecclesiae* es confundir el concepto de Iglesia —Pueblo de Dios con el concepto más limitado de Jerarquía. Claro es que sin comunión con la jerarquía los laicos no tienen derecho a reivindicar su legítimo ámbito de autonomía apostólica (cfr. *ibid.* n. 21) que arranca del Bautismo. Es manifiesta la relevancia teológica de este planteamiento, tan audaz como sereno en su profundidad.

88. Cfr. *ibid.* n. 123.

superación es radical en la edificación de la vida misma concebida como tarea de formación.

La edificación de la vida se llama «formación» en tanto que cuenta con un modelo. La vida es, asimismo, un trascender en la medida en que se forma de acuerdo con un modelo también viviente. El modelo del vivir es Jesucristo. Cristo se encuentra en las cosas del mundo sin violentarlas, es decir, tal como las cosas lo permiten; en el vivir del hombre está como viviente; pero para ello es necesario permitir que se forme en nosotros⁸⁹.

La gran verdad que llena de contenido nuestra Fe es que *Cristo vive*⁹⁰. Pero también *vive en el cristiano*: «La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*... La vida de Cristo es vida nuestra»⁹¹. Sin El no somos hijos de Dios⁹²; «Hay que dejar que su vida se manifieste en nosotros de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!»⁹³.

En tanto que la formación, siguiendo el modelo viviente, está intrínsecamente unida al trabajo y, a través de él, al encuentro de Cristo en el mundo, es pertinente de modo especial su vida oculta⁹⁴. La divinización de los ideales humanos que de este modo se logra⁹⁵ desemboca en el objetivo de poner a Cristo en la cima de todas

89. «Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis» Gal. IV, 19. Cfr. *Camino*, nn. 56 y 756.

90. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 102.

91. *Ibid.*, n. 103.

92. «En Cristo nos atrevemos... a llamar Padre al Señor de Cielos y tierra». *Ibid.* n. 102; «quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter, et estis in illo repleti». Col. II, 9-10.

93. *Ibid.*, n. 104.

94. Si ha de ser «un trabajo que contribuya eficazmente a la construcción de la ciudad terrena —y que esté, por tanto, hecho con competencia y con espíritu de servicio— y a la consagración del mundo, y que, por tanto, sea santificador y santificado» (*Conversaciones*, n. 70), se requiere el esfuerzo «por identificarse con Cristo, imitando sus treinta años de trabajo en el taller de Nazareth». *Ibid.*

95. «Si, viviendo en Cristo, tenemos en El nuestro *centro*... tenemos un ideal que se hace divino, nuevos horizontes de esperanza se abren ante nuestra vida, y llegamos a sacrificar gustosamente no ya tal o cual aspecto de nuestra actividad, sino la vida entera, dándole así, paradójicamente, su más hondo complemento». *Conversaciones*, n. 88.

las actividades humanas⁹⁶. He aquí el horizonte nuevo de la esperanza, que edifica caminos terrenos al abrirlos⁹⁷ y coloca al cristiano allí donde nace el porvenir⁹⁸.

Pero la vida del hombre es personal. La persona es la subsistencia de la naturaleza capaz de entender y querer, la intimidad de que surge la iniciativa libre que responde y se descubre precisamente en la revelación del Amor de Dios⁹⁹. Por consiguiente, la iniciativa divina es primaria, y al responder a ella la iniciativa del hombre es un trascenderse. Esto es lo decisivo: el esfuerzo humano es correspondencia, pero lo primordial es Cristo¹⁰⁰. Así pues, desde su descubrimiento la persona humana despliega la iniciativa que responde a la iniciativa que la respalda anticipándose a su misma intimidad. Por eso decía que el problema del *a priori*, de la soledad,

96. «Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me meipsum* (Io, XII, 32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento... todo lo atraeré hacia mí» *Es Cristo que pasa*, n. 183.

97. «No hay caminos hechos para vosotros». *Camino*, n. 928.

98. Otra vez es de señalar la improcedencia de la hermenéutica frente a este planteamiento que, basado en una Fe sin fisuras, no se distrae en distinguos miopes ni recorta el depósito recibido subordinándolo a novedades profanas (cfr. 1 Tim VI, 20), a las cuales hubiera que adaptarlo como si ellas fueran lo actual y la revelación cosa del pasado, o perteneciente a otra constelación histórica: todo ello es superfluo y estorba el decidido propósito de *instaurare omnia in Christo* (Ef. I, 10; citado en *Es Cristo que pasa*, n. 105). «En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar, ya está todo dado en Cristo, que murió y resucitó, y vive y permanece siempre». *Es Cristo que pasa*, n. 104.

99. Sin duda, el descubrimiento de la persona es cristiano. A mi modo de ver, una prueba de este aserto es este pasaje de S. Pablo: «vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus. Quod autem nunc vivo in carne, in fide vivo Filii Dei, qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me». Gal. II, 20. Ser el término del Amor redentor, significa, estrictamente ser persona, es decir, la intensidad ontológica del yo que clausura su carácter radical según lo que se llama subsistir. La luz de la Fe en el Hijo de Dios connota el propio ser un *quien*, el importar como tal a Dios hasta el punto de morir por él. Sin la Fe al hombre le es difícil advertir la subsistencia de su naturaleza.

100. «In hoc est caritas, non quasi nos dilixerimus Deum, sed quoniam ipse dilexit nos et misit Filium suum propitiationem pro peccatis nostris». 1 Io, III, 20.

está resuelto¹⁰¹. El modelo viviente modela la vida desde su inhabitar en la intimidad personal¹⁰².

6. *La vida eterna.*

Para exponer estas consideraciones sobre algunos aspectos centrales del mensaje del Fundador del Opus Dei he elegido como eje el concepto de vida. Es propiedad del concepto la universalidad. Ahora bien, cuando se trata de la vida no se debe perder de vista que la vida para el viviente es ser y que, por tanto, no pertenece al orden lógico: no hay vida abstracta. Paralelamente, la universalidad del concepto de vida estriba en su contenido y no en su extensión (la extensión se reduce al contenido); con otras palabras, la vida es universal en tanto que se concentra entera en cada una de sus aplicaciones, y así rebosa en ellas. La universalidad de la vida es su unidad. Por eso convenía comenzar la exposición estableciendo la unidad de la vida como la característica que la especifica. Con la reconsideración de dicho carácter daré fin a este artículo.

La concentración de la vida en sus aspectos integrantes es su misma intensidad unitaria. La intensidad viene a ser de este modo un trascender interno que supera la dispersión, e incluso la distribución analítica de la vida en sus notas (en sentido activo, las notas de la vida son los momentos de su ejercicio). La vida es intensivamente universal, y no tan sólo como *unum in multis*, porque tales *muchos* son previamente el contenido *uno* que revierte en ellos confirmándolos, reuniéndolos y trascendiéndolos a la vez.

Quiere decirse con esto que el vivir no se agota en su inmediata actualidad, sino que gravita sobre ella prestándole el peso de su intensidad unitaria, esto es, dándose a ella de acuerdo con ella. En tanto que se da a ella, la enriquece e impide que se aísle o se reduzca a sí misma (como si cada acción fuese autosuficiente). En tanto que

101. «Ecce sto ad ostium et pulso: si quis audierit vocem meam et aperuit mihi ianuam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum». (Aproc. III, 20).

102. Por tanto, el cristiano revive la vida de Jesús, se remite a ella: en especial, su Cruz. También por ello la Madre de Cristo es madre del cristiano.

se da de acuerdo con ella, la trasciende como un sobrar para el que cada acción es un cauce todavía estrecho, nunca expresivamente suficiente. Desde aquí cabe entender la intensidad de la unidad vital como subsistencia personal, que descubre su identidad como hijo de Dios y, por tanto, en Cristo. De todo esto hemos hablado ya.

Recalquemos otra vez que un concepto tal nos desborda. Desde luego, no es posible abarcarlo con un solo golpe de vista y él mismo se refiere a un vivir desbordante porque no se aquieta con las metas que, por lo común, estimamos suficientes; al revés, asume esas metas, y desde ellas prosigue¹⁰³. En suma, el inagotable vivir personal clama por la eternidad. No se trata sólo de la simple inmortalidad del alma, sino de lo que llamaré el *destinarse* de la expresión para la cual toda acción finita es un cauce demasiado estrecho. Es el clamor por la visión facial de Dios, en el restallar ardiente del *lumen gloriae*.

Al alcanzar el destino por el que clama, y sólo entonces, el concepto que desborda es desbordado él mismo, acogido contemplativamente —no comprensivamente— en la máxima amplitud de Dios. Entonces también su carácter donal expresivo es un canto de alabanza y gratitud perennes¹⁰⁴.

Mons. Escrivá de Balaguer confesaba, con su sinceridad habitual, ese clamor interior: «Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. *Vultum tuum, Domine, requiram*, buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, *no como en un espejo y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara*. Sí, hijos, *mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios?*».

Con la seguridad de que ese deseo profundo se ha cumplido, escribo estas páginas en el décimo aniversario de su muerte como homenaje a su figura.

103. Cfr. *Camino*, n. 432.

104. Cfr. Salmo 28.